

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

sobre la lotería

La lotería es loca. Da su suerte a boleo y como le da la gana. Pero, no por ello deja de seguir unas constantes, que los autores de algunos libros han estudiado hasta llegar a una serie de conclusiones estadísticas y técnicas que vienen a ser el organigrama del azar. Hasta los hados son hoy vulnerables con el cálculo. Resulta que, según el estudio de la ley de probabilidades, puede usted llegar a favorecerse de los promedios; cada determinado ciclo hará reproducir la aparición de determinados números. Hay vueltas e insistencias del tres, del siete o del seis, según el paso del tiempo, que permiten aproximarse por lo menos a la solución del problema del azar. Ciertos zahoríes de la fortuna nos podrían decir aproximadamente si según ese cálculo va a salir un gordo de cifra alta o baja, con terminación par o impar. Naturalmente que el número de jornadas de trabajo que requiere el sistema y la propia vaguedad de sus resultados nos impiden ponernos plenamente a practicarlo. En sustitución del aparato técnico, nos inclinamos hacia los procedimientos que podríamos llamar clásicos: comprarle el décimo a un jobabado, hacerlo en martes y trece, echar una moneda al aire para decidir si entraremos en esta Administración o en aquella. En suma, el azar del premio lo provocamos con otra serie de azares preliminares, que nos permitan pensar —si ganamos el gordo— que la cosa ocurrió por presiones incuestionables del destino. Hay mucha magia y mucho funambulismo en el proceso mental que nos lleva a participar en la lotería.

A pesar de todo ello —o quizá por su causa— la suerte no depende de los números sino de las personas. Hay una lotería anterior a la propia lotería, por la cual a ciertos seres les toca con frecuencia un premio; mientras otros no ven ni por asomo una aproximación. Por muchos experimentos que haga un tipo de ese segundo rango no conseguirá jamás forzar la suerte; en tanto que los que pertenecen al primer grupo levantarán la pieza una y otra vez sin razón alguna especial. En el fondo, la lotería —la suerte que ella nos da o nos quita— depende de los mismos factores de la condición humana. Hay tipos que nacen altos y otros bajos, ricos o pobres. Hay, pues, tipos con suerte y otros sin ella, ganadores de premios o huérfanos del menor reintegro.

Pero ya el hecho de jugar es impregnarse de ilusión y de esperanza. La virtud del juego no es propiamente la ganancia. Cuando ésta

se produce —si se produce— ha ocurrido ya la virtud sustancial del lance. Durante unos días o unas semanas hemos contado con la posibilidad de la fortuna, nos hemos hecho tímidamente a la idea de que nuestra vida se podía transformar, hemos especulado con la posibilidad de un viaje, hemos inventado otros paraísos. Durante un tiempo, pues, podemos decir que ya nos ha tocado una suerte de lotería de esperanza y de ensueño. Si toca, ese premio se realiza y patentiza en la práctica. Pero si no toca —que es lo más frecuente— ha dejado dentro de nosotros una estela de luz, que equivale a un premio de espíritu, con una apertura hacia la esperanza.

Quien esto escribe no ha tenido otra suerte —en la lotería— que la que deriva de ese gaje de esperanza. Hay personas —entre las que nos contamos— que insisten periódicamente en el juego aun a sabiendas de que no ganarán, simplemente por el «impasse» de expectación que la pertenencia del billete les procura. Nosotros tardamos siempre mucho más de lo debido en la verificación de los resultados. Llevamos nuestro número en el bolsillo durante varios días para apu-

rar hasta el máximo la certificación de nuestra derrota. Pero es que, entretanto, hemos prolongado durante unos días —y sin aumento de costo— nuestro premio de esperanza y nuestra ganancia de ilusión, y eso ya no nos lo quita nadie.

La teoría de que el premio está sólo en lo que nosotros hemos imaginado nos permite afrontar sin quebranto una dura realidad; la que nos produce la comprobación, en las listas, de nuestra inoperancia con los duendes del bombo. No tardamos mucho en compulsar las listas. La mayoría de las veces nos basta con echar una ojeadita superficial para situar la posición de nuestra centena. No solamente no nos toca jamás la lotería, sino que se produce alrededor de nuestra cifra un vacío espectral, una zona desértica, un páramo de cifras. Cuando adquirimos un billete echamos una especie de mancha, un óxido raro sobre una inmensa vecindad aritmética. Aconsejamos a cualquiera que, antes de adquirir un billete, se cerciore, pues, de la identidad y de las cifras del nuestro. Nuestra participación es excluyente sobre una amplia zona; es como si pasara la marabunta sobre el viento loco que llena el bombo de la suerte.

los "christmas"

La costumbre de celebrar las fiestas navideñas es, naturalmente, casi tan vieja como la propia Navidad. Lo que es reciente es el hecho cosmopolita y universal de hacerlo mediante los tarjetones o cartones ilustrados llamados «christmas».

Es hermosa esa adecuación española a las corrientes de cortesía que privan más allá. Confesamos que los «christmas» dan a estas fechas un tono y una vehemencia afectiva y civil que no tenían antes.

A la gran celebración religiosa, apoyada por las celebraciones gastronómicas tradicionales, les faltaba algo, les faltaba urbanidad. La urbanidad, la comunicación expansiva, han venido a dárselas los «christmas». Se ilusiona uno ahora con la llegada del correo. En cada sobre viene una especie de ventanal efímero y reducido, pero abierto, que da en el corazón de la urbe y por el cual se ve, panorámicamente, la amistad. En muchas casas las partidas de los «christmas» se van distribuyendo de tal manera —sobre la repisa de la chimenea, en orla alrededor de los cuadros, en las mesillas— que la sala de estar se convier-

te en un abigarrado esquema multicolor de mundos posibles. Hay muchos modos de aludir al acontecimiento. Desde el Nacimiento por el pincel de un clásico hasta la síntesis abstracta. Mas el conjunto tiene las más variadas sugerencias de la Navidad.

El manantial de gracia y de arabesco crece por estas fechas, todos los días, y resulta incitante ver como, día a día, aumenta la colección de pequeños cartones. Ya caracterizamos la Navidad, en el interior del hogar por el espectáculo de los «christmas» en abanico sobre nuestros muebles. Luego, al cesar las celebraciones, en la vuelta del enero, la casa se desnuda de pronto: al desaparecer la extraordinaria y decorativa exhibición —una exhibición de amistad y de trato— desaparece también de la memoria una etapa, un año más, una encendida luminaria que ha ardido, lentamente, una ascua que se vuelve ceniza.

Enviemos «christmas». Echemos al buzón ese mensaje cordial y hermoso que es una voz que hablamos al corazón de los demás. Digamos, todos los años, en la grafía policromada de un cartón, el afecto y la conmoción de un año que pasa.